

enormes, determinaron la ocupación y captura de aquellas ricas colonias españolas.

Y la opinión sensata de los Estados Unidos, que siempre miró con disgusto la aventura filipina, se pronuncia cada vez más contra Mac Kinley y su política exterior, al ver la brillante defensa que de la recién ganada autonomía hacen los tagalos. Esa raza mirada hasta hace poco con desdén benévolo, como raza de niños, revela y demuestra ahora una energía y una aptitud singular para la guerra de guerrilla, de estratagema y emboscada, en que el terreno se defiende palmo á palmo. Los yanquis han sufrido ya, en el tiempo que hace que lidian con las fuerzas de Aguinaldo, sorpresas parecidas á las que en España, en 1808, experimentaron los ejércitos de Napoleón. Destacan los yanquis un piquete de soldados para guarnecer un fuerte, y al enviar provisiones no hallan en el fuerte sino cuerpos sin cabeza y cabezas separadas del tronco; sitúan ocho ó diez parejas de polizontes distribuidos en una larga calle, y evaporanse tres de las parejas sin volver á parecer nunca, y sin que los demás hayan advertido siquiera de qué modo fueron sus compañeros amordazados y arrastrados al suplicio. Todo lo utiliza el tagalo en contra del yanqui: accidentes del terreno, producciones de la naturaleza, ponzoñas mortíferas de la exuberante flora y la rara fauna de aquellos países feracísimos y todavía misteriosos. Por medio de una manga hábilmente dirigida proyectan sobre los norteamericanos agua en que han macerado una planta cuyo zumo produce horribles irritaciones en la piel; y los yanquis, ignorando el sencillo remedio con que se curan esas irritaciones, se revuelcan entre crueles torturas. Así, en las guerras de independencia, el suelo y el aire se alían con los hijos del país.

LA VIDA CONTEMPORANEA

RESPIRANDO POR LA HERIDA

No lo puedo evitar, ni me importa que se califique de pueril y de mezquino este sentimiento; llámeme como gusten y repruébenlo si les parece: yo me alegro, me alegro, me alegro tres veces y tres mil, de los reveses, desengaños y complicaciones que atrae á los yanquis la injustísima anexión de Filipinas.

Ojalá que en la garganta del dogo que á dentelladas nos ha despedazado, se atragante ese hueso, y le produzca la asfixia. Permita Dios que la resistencia de los indígenas, el clima, la topografía, la indisciplina de soldados voluntarios y bisoños, todos los elementos que pueden hacer fracasar una campaña, se reunan y se den la mano para arrojar vergonzosamente de aquel paraíso á los que pusieron asechanzas á nuestro calcañal.

No me dediqué al cultivo de la bravata y el reto cuando la guerra se declaró. Al contrario: me gané el dictado de mala española por sostener que á toda costa debía evitarse aquel horrendo y fatídico conflicto. Tampoco he rendido parias á la literatura suina, ó cerdosa, que dió bastante juego, como debe recordarse, allá en la primavera del pasado año, mientras nos hundíamos. Y nadie me gana en sinceridad para reconocer las deficiencias lastimosas de nuestra vida nacional y pública — en la privada no considero que al escritor le sea lícito intervenir. — Los errores comunes, tiene no sólo el derecho sino el estricto deber de corregirlos hasta donde alcance el publicista, y creyéndolo así he trabajado para estirarlos, arrojando todo género de riesgos y padeciendo no pocas impertinencias. Pues bien; mis campañas en pro de la verdad me autorizan para regocijarme ahora con los yerros de nuestros enemigos. La codicia ha roto el saco, y tal vez el gigantazo descomunal ha encontrado en la raza amarilla su David.

Pudieron nuestros desaciertos al no prevenir y nuestra desmaña al no extinguir una insurrección que de palabra vencíamos diariamente, determinar y fundamentar la intervención de los Estados Unidos en Cuba; pero la anexión de la Antilla, y más aún la de Filipinas, quitaron la careta á la verdadera intención de un pueblo que tuvo el mal gusto de cultivar, en visperas del siglo xx, la hipocresía — el vicio de las épocas serviles. — A decir verdad, la anexión de Filipinas realizóla casualmente; no estaba en el programa, lo cual no les disculpa, porque un pueblo grande y consciente debe saber con exacta fijeza lo que quiere y adónde va. La escuadra yanqui, al principiar la guerra, no se encontraba cerca de Manila obedeciendo á propósitos de estrategia naval; la idea de apoderarse del archipiélago filipino no había surgido en la mente de Mac Kinley. Se proponía únicamente destruir nuestra flota y arsenales y descargar sobre nosotros golpe recio; después, imposiciones de la insaciable Inglaterra, la de los dientes

Que estos ardides y este sistema de lucha no son niñerías despreciables, pruébalo la continua demanda de refuerzos que dirige el general en jefe de los Sams al Senado de Washington. Tropas y más tropas arriban y desembarcan y son diezmadas por las enfermedades ó por el bala de los que ya no llamo insurgentes, pues lo serían contra nosotros, pacíficos poseedores durante tantos siglos, nunca contra el invasor que empieza por entrar á saco, á sangre y fuego en Manila, y no teme emplear iguales medios al avanzar tierra adentro en la región. Van además las huestes yanquis soliviantadas por el espíritu de indisciplina más franco y brutal, y no reparan, al menor motivo de descontento, en tirar al agua, en mitad de la bahía, á sus jefes. Y una nación que jamás fué militarista, que en ningún tiempo fió á la violencia sus destinos, se ve ahora arrastrada por la dura Inglaterra á la lid constante, abierta — á esa normalidad de la guerra que nos ha arruinado, destruido y agotado á los españoles. — No quiero hablar de las inhumanidades y actos de barbarie que por consecuencia natural de semejante régimen se ven los yanquis constreñidos á autorizar y á cometer. Habría sin embargo que catalogarlos y clasificarlos con método, para que hiciesen juego con los que á nosotros se nos achacaron, y fueron — ¡oh sombra de Tartufo! — la causa y origen de la intervención de los angloamericanos en Cuba...

Y ya que de la patria y de su mal sino tratamos, encaja bien en esta crónica una ligera referencia á los sucesos de Barcelona con motivo de la visita de la escuadra francesa al puerto de la hermosísima ciudad condal.

Sin ser estadista, sin tener obligación de tomar el pulso á las ideas que van cundiendo en España, diez ó doce ó quince ó veinte años antes de que pensasen en ocupar el banco azul los Sres. Polavieja y Durán y Bas, nos sabíamos de memoria lo que ahora parece sorprender á muchos políticos que gobiernan, gobernarán ó gobiernan. El regionalismo es añejo en varias provincias españolas, y á la vuelta del regionalismo lírico está su forma aguda, el separatismo. ¿Cómo había de ignorar estas tendencias quien diariamente leía en periódicos, versos y libros de su región diatribas y quejas, unas veces contra Madrid, otras contra Castilla, y siempre, en el fondo, contra el conjunto de la patria española? Hasta por experiencia personal conocía yo los efectos de la inquietud separatista. Por conocer mi españolismo, no faltaron regionalistas gallegos que me acusasen de desafecto á Galicia, no obstante haberme pasado buena parte de mi vida literaria describiendo costumbres, estudiando caracteres y pintando paisajes gallegos, con filial interés. Así es que se da un caso curioso: mientras los que me traducen allá por lue-

ñas tierras creen que yo profeso el más apasionado regionalismo artístico y que del perfume de mi tierra está enteramente impregnada mi producción, los de acá me conceptúan castellana y no me reconocen. La explicación pardiez que es sencilla: yo seré regionalista por amor é instinto; separatista jamás.

Dicho esto, puedo añadir que el separatismo, ya existente, había de acentuarse y exasperarse, por ley natural, con tantos desaciertos y desdichas. En naciones bien gobernadas y prósperas, no se conoce el separatismo. Un día me dijo cierto religioso muy discreto y agudo: «Don Carlos es el clavo ardiendo de los españoles.» Tenía en mucha parte razón el religioso; sólo le faltó añadir que de clavos ardiendo poseemos una cesta. No hay teoría ni solución política que, á su hora, no haya sido clavo ardiendo. Nuestro hondo malestar, nuestras continuas decepciones, la inestabilidad é inseguridad de todas las cosas y de todos los aspectos de nuestra vida, la sorda irritación que á la larga engendra en espíritus honrados y sinceros el abuso hidrópico — imposible de desarraigar al parecer, pues es como las malas hierbas, que para una que se corte brotan ciento, — ¿en qué han de traducirse sino en el movimiento instintivo de agarrarse á cualquier cosa, al carlismo, al federalismo, al separatismo, al inglesismo, que tiene ya sus convencidos partidarios?

Enfermo desahuciado, á curanderos se acoge, y por ensalmo piensa curarse. El abrojo del separatismo, claro está, crece con el riego de nuestras lágrimas de patriótico dolor. Para reducirle á sus verdaderas proporciones, quizás harto mezquinas, bastaría que luciese sobre nosotros un rayo de esperanza; que España entrase por el buen camino, que ahorrarse, que trabajase, que tuviese muchos buenos maestros de escuela y pocos caciques, que gastase más en aprender que en reforzar un ejército y una marina, fatalmente incapaces, aunque se compusiese exclusivamente de héroes, de sostener el día de mañana nuestro pabellón. Bastaría, en fin, hacer lo que sentimos los pocos que desde una situación independiente, desligada de compromisos políticos y con absoluta imparcialidad, miramos el giro de los sucesos. No es lisonja, es convicción: si toda España fuese como Cataluña (¡ojalá!), no habría un separatista para contarle.

Lo que repito que me extraña, es la extrañeza de los políticos. ¿Cómo han de maravillarme los gritos separatistas, á mí, veterana de las luchas contra el separatismo insidioso, declarado en conversaciones, y á veces desmentido en letras de molde? ¿Ibamos á esperar que después de Cavite y lo demás, disminuyese la falange separatista?

Por eso siempre me descubriré con respeto ante el verdadero patriota; el que, luchando para mejorar nuestro estado de cultura, para colocarnos en la línea de otras naciones, para elevarnos, con la doctrina, con las obras, con la labor, con la sinceridad generosa que envuelve la lección y procura la enmienda, aporte la única medicación eficaz para esa llaga del separatismo: la reforma y restauración de España.

EMILIA PARDO BAZÁN